





MEMORIA DE  
RETAGUARDIA



Julián Delgado

MEMORIA DE  
RETAGUARDIA



Primera edición: diciembre de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Julián Delgado

ISBN: 978-84-19595-32-4

ISBN digital: 978-84-19595-33-1

Depósito legal: M-29177-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A la memoria de mi padre,  
fusilado el 7 de noviembre de 1936 en Paracuellos,  
víctima inocente de la barbarie de una guerra fratricida.*





## PRIMERA PARTE



## EN EL PENAL DE VILLACISNEROS

En Villacisneros (Sahara Occidental), donde en contra de la opinión que se tenía en la Península la temperatura es envidiable, en verano no pasa de 25°C y a finales de mayo de 1935 estábamos a 20 °C, y eso gracias al batido continuo de los frescos vientos alisios de noreste. Allí me encontraba destinado desde hacía dos años como consecuencia de la Ley de Garantías de la República, que establecía la posibilidad de deportar fuera de España a aquellos que amenazasen la estabilidad del nuevo régimen, convirtiendo a la colonia en penitenciaría. Como quiera que esas lejanas tierras estaban controladas por el Ejército, a unos cuantos oficiales nos tocó convertirnos en carceleros.

Tengo que confesar que a Jaime Llobera i Ribot, teniente de Caballería de la Escala Activa, procedente de Academia, el segundo de mi promoción y eso porque perdí varios puntos por mala conducta (llegar tarde a la retreta en varias ocasiones), no le hubieran destinado nunca a aquel infierno de no haber sido por mi mala cabeza o bien por la extraordinaria facilidad que tengo para verme involucrado en líos de faldas.

Aquel territorio sahariano tenía poca historia. En 1881, se consiguió de los indígenas la cesión de la península de Río de Oro, construyendo un embarcadero para la Sociedad de Pesquería Hispano-Africana. Era un apoyo en el continente africano para las islas Canarias. En 1885, tras distintos ataques a las instalaciones que costaron bajas, se decidió construir un fuerte y no por su existencia dejaron de atacar. En 1900, se reguló internacionalmente la situa-

ción del territorio señalando límites. Río de Oro permaneció relegado en el olvido, limitándose a destacar una pequeña guarnición.

Me habían asignado dentro del mismo fuerte (donde se ubicaba la residencia del gobernador, un capitán) un despacho que también utilizaba como habitación. Tenía una destartalada y tosca mesa sobre la cual despachaba las cuestiones que afectaban a mi trabajo como jefe de la tropa de la guarnición y donde tenía los cuatro o cinco libros que me habían acompañado (un volumen con varias obras de Nietzsche, otro de Pérez Galdós con tres *Episodios Nacionales*, *Germinal* de Zola y *El amor, las mujeres y la muerte*, de Schopenhauer). El primero me atraía porque dice lo que nadie quiere escuchar, porque ataca todos los dogmas, todas las creencias, todas las supersticiones. Por blasfemo. Don Benito viene conmigo porque me parece el mejor novelista después de Cervantes; don Emilio, porque en sus novelas explica las causas de los males sociales con el fin de contribuir a su reforma; Arthur me agrada por ser el paradigma del pesimismo filosófico. También intercambiaba los libros con algunos soldados y, sobre todo, dediqué mucho tiempo a estudiar la historia y la realidad de Cataluña gracias a que mis padres, desde Barcelona, me enviaban libros, revistas y periódicos con regularidad.

Un jergón que pretendía aparentar un sofá con dos cojines descoloridos, un retrato colgado en la pared del presidente Niceto Alcalá Zamora, un infiernillo con el que de tanto en tanto me preparaba un aperitivo con el abundante, variado y gratuito pescado, una repisa sobre la que se apilaban, junto a los ya citados, varios libros de táctica y tiro componían la decoración, mobiliario y los enseres de mi habitáculo.

Fue el capitán Bens, uno de los pioneros del Sahara, quien dio la configuración a esta construcción, que con solo 50.000 pesetas levantó el fuerte. Fue así gracias a que dispuso de mano de obra gratuita, a que el transporte de los materiales de Canarias fue costado por la Transatlántica y a que las pesetas las pagaba del depósito de la venta de sellos. Contaba con 60 metros de largo por 44 de

ancho, rodeado por una tapia de tres metros de altura. Se defendía con cuatro torreones de flanqueo desde los que se divisaba una gran extensión de la península de Río de Oro y un campo alambreado en su periferia con tres filas de piquetes, protegido por armas automáticas. La parte norte estaba cubierta por un cañón situado en el ángulo noroeste. Fue un inconveniente el agua empleada en la construcción, pues era salitrosa, las paredes escupían la sal y había que estar enjalbegándolas con frecuencia. Encima hubo quien en Madrid quiso arrestar a Bens por ejecutar la obra sin permiso y sacar ese dinero de otra partida.

Para matar el tiempo y evitar las largas partidas de tute o dominó, me dediqué a estudiar el idioma de los saharauis, el *bassanía*, un dialecto del idioma árabe magrebí, hablado en la zona desértica del suroeste del Magreb, parte de Argelia, Sahara Occidental y Mauritania. Un idioma bastante distante de las otras variantes magrebíes. Su vocabulario es básicamente árabe, pero también recoge palabras del castellano y el francés. Mantiene de los dialectos bereberes el acento y estilo de palabras, así como un buen número de terminaciones.

Mi profesor, Kadaui, un indígena de edad indefinida y trato amable, disfrutaba enseñándomelo y celebraba en exceso mis progresos. Al segundo año de estancia, logré relacionarme con los nativos en su idioma.

Al poco de incorporarme, en febrero de 1932, habíamos recibido a un grupo de 150 sindicalistas procedentes de la huelga revolucionaria del Alto Llobregat, entre libertarios y mineros, que se levantaron contra la República y fueron reprimidos por el Ejército y la Guardia Civil. Llegaron embarcados en el Buenos Aires, que iba escoltado por el acorazado Casanovas. Durruti y Ascaso fueron derivados a Fuerteventura, pues el capitán gobernador Ramón Regueral se negó a recibirlos debido a que a su padre le habían matado en los años 20 unos anarquistas.

En Villacisneros, a parte del fuerte, había un caserón grande propiedad de las Pesquerías Canarias, muy cerca del precario puer-

to; el cuartel para la tropa que daba guarnición, con dependencias anexas de Intendencia y otros servicios; viviendas de oficiales y suboficiales; capilla, casino y algunas más. En las afueras se situaba el campamento de Aviación con unos cobertizos a modo de hangares. A unos cien metros de este, se encontraba el poblado indígena que vivía en jaimas y algunas casas de adobe sueltas.

Para alojar a los deportados, se establecieron unos barracones en la explanada exterior del fuerte, donde antes habitaban las familias de militares; estas se trasladaron al interior de aquel por el miedo al comportamiento que pudieran tener los nuevos inquilinos.

Ramón Franco, que los visitó en mayo, dijo en su informe que el aspecto de los deportados no podía ser más deplorable: ropa con jirones, algunos descalzos..., en un salón que hace las veces de comedor, biblioteca, cocina y sala de discusiones. Y se refería también a las moscas que lo poblaban como uno de los martirios de este mundo. Se quedó corto con esos malditos insectos, no solo eran pesados, sino también verdaderos perforadores de epidermis curtidas, tan desmedidos hincando el aguijón que había que hacerles frente: un matamoscas de mano para chafarlas en vuelo o en reposo o, al menos, rechazarlas como heraldos de la inmundicia, que llegan después de estar posadas en heces, sangre de cuadrúpedos o bípedos implumes, camello, cabra u otras bestias peores, vampirizadas antes.

Volviendo a los rebeldes, lo chocante para mí es que dieran el paso para la revolución y no hicieran ningún muerto. Las revoluciones no se hacen con flores y estos anarcos pecaron de blandos con sus explotadores. Así, la República les pagó con represión y penas de muerte. Por supuesto, estas reflexiones no me permitía hacerlas ante mis compañeros.

Al final tuvieron suerte, el fallido golpe de Estado perpetrado por el general Sanjurjo el 10 de agosto, lo que vino en llamarse la Sanjurjada, nos obligó a trasladar precipitadamente a los libertarios a la isla de Fuerteventura, desde donde iban a recibir la libertad en unos meses en forma de amnistía. En septiembre

quedaron libres y fueron recibidos en Barcelona en olor de multitud proletaria.

El Gobierno, crecido por haber abortado el golpe militar, se sintió magnánimo con los sindicalistas y dispuesto a demostrar su firmeza con los nuevos reclusos. Se daba la circunstancia de que muchos de los 161 caballeros deportados eran de mi Arma, Caballería, pues los detenidos en Madrid procedían de las únicas unidades que llegaron a sublevarse, los dos regimientos de Alcalá de Henares y la unidad de la Remonta. En la capital resultó un fracaso total y, según contaron los detenidos, hubo una traición por parte de un teniente coronel que informó al ministro de la Guerra de los planes de los alzados. Se organizó la defensa del Palacio de Buenavista y, a tiros, hicieron huir a los rebeldes en desorganizada desbandada.

Entre los deportados no estaba Sanjurjo, que le condenaron a muerte, luego indultado y posteriormente trasladado al penal del Dueso. Pero sí estaban jefes y oficiales de distintas Armas, algunos ingenieros y otros profesionales liberales, estudiantes, empleados, industriales y hasta un cocinero. Habían llegado desde Cádiz el 28 de septiembre en el buque España n.º 5, escoltado por el cañonero Canalejas. Fueron recibidos con grandes atenciones por el capitán Regueral e incluso le dio novedades al más antiguo de los coroneles.

Yo era un reconocido republicano y, sin militar en ningún partido, me consideraba de izquierdas. Eso me había traído malas y buenas consecuencias. Entre las primeras, la hostilidad de la mayoría de mis compañeros de Arma y entre las últimas, librarme de que me hicieran un tribunal de honor en Barcelona gracias a la intervención del gobernador civil, que medió para que todo quedara en un destierro camuflado. Pero, pese a la distinta forma de pensar, varios de los deportados eran amigos míos y como tales los traté, dentro de unas medidas relajadas que también se habían dado a los sindicalistas, aunque con menos intensidad.

Se les instaló en el campamento de Aviación y disfrutaban de libertad para pescar, pasear y bañarse en la playa o el muelle. Regue-

ral sentaba a comer en su mesa a diario a destacados compañeros. Tan favorables eran las condiciones que al final se pagó caro. Se les mejoró el rancho, se les proporcionó el material que solicitaron para aliviar sus condiciones, el único control real se materializaba en el recuento que se hacía a diana y a retreta.

Este distinguido trato fue pagado con la organización de una fuga. Logré enterarme de los preparativos, a través de Said, al que luego me referiré. Ni qué decir tiene que informé a Regueral de tal situación: no pareció darle importancia. Cuando le dije algunos nombres, Cavanás, Jonte..., lo puso en duda.

—Llevo oyendo hablar de fugas desde que llegué aquí y no he conocido ninguna.

Pues el 31 de diciembre de 1932, la langostera Aviateur Le Brix, con pabellón francés, embarcó a 29 presos en la punta de La Sarga, aprovechando que el cañonero Cánovas se había ido a carbonear a Las Palmas. El capitán, que por lo visto no era ningún Nelson, puso rumbo W y, tras grandes dificultades y extravíos, el 14 de enero llegó al malecón de Cecimbra, en Portugal, creyendo que era una isla de Las Azores. El exceso de confianza del gobernador y el hecho de que no denunciara la fuga hasta la cena de fin de año fue tenido en cuenta por la superioridad y fue destituido.



## TAKIA Y LA LLAMADA DEL GENERAL

Esa mañana me informó el nuevo capitán gobernador, Juan Fernández Aceituno, que había recibido un cable del capitán general de Canarias ordenándole que me comunicara que, a la mayor brevedad posible, me presentara en el Ministerio del Ejército, que el general Mariñas, del Estado Mayor, tenía que hablar conmigo. No puedo decir que no me preocupara, pero lo cierto es que, si tenía algo nuevo contra mí, no podía empeorar mi situación. Bueno, me podrían expulsar, pero, que yo sea consciente, no había nada en mi vida que pudiera reprochárseme hasta ese extremo. Tenía 26 años, estaba punto de ascender a capitán, era alto y más bien guapo, a decir de las mujeres, había estado destinado en Regulares de Melilla, mi hoja de servicios era meritoria y mi carrera militar hubiese sido brillante de no haberse interpuesto aquel escándalo que había dado con mis huesos en estas tierras perdidas. Pertene-cía a la alta burguesía catalana, procedía de una familia rica y, hasta entonces, yo era un oficial dispuesto, destilaba entusiasmo.

Aquel día, en lugar de seguir leyendo a Schopenhauer, me entretuve contando las moscas reventadas con mi paleta en las paredes, sobre la mesa o en cualquier otro lugar de mi modesto despacho-habitación: apenas había destripado dos docenas.

Dando tregua a un sargo, el pescado que más me gustaba de las distintas especies de aquella ría (corvinas, samas, chacarronas, verrugatos, chernes, tollos, bailas y palometones, las más abundantes), me dispuse a poner en la sartén unas butifarras que me quedaban del último paquete recibido de mi madre, a la sazón vecina

de Barcelona, pero nacida en Vic y, por tanto, entusiasta de todos los embutidos que en aquella tierra se producen. Regueral me llamó un día la atención debido a que los indígenas asentados a los alrededores del fuerte sufrían pecaminosas angustias con el olor del cerdo chamuscado, que les disparaban las glándulas salivales al mismo tiempo que el temor a Alá y se alejaban marchando contra el viento hacia zonas de atmósfera menos impías.

Solía acompañarme en estos solaces el sargento Expósito, profundo conocedor de todo aquello. A través de él supe que la ría, que separaba la península del continente, se iniciaba a partir de la punta de La Sarga, que en la boca tiene una anchura de más de cuatro millas, cubierta por bancos de arena y de piedra, con una barra de difícil paso que obligaba a todos los barcos a pasar de día y en plenamar. La ría mide 32 km de longitud y 12 de anchura y solo es asequible a buques de hasta 800 toneladas.

Le informé a Expósito de la llamada de Madrid. Quedó mustio.

—Mi teniente, a usted se lo llevan de aquí —me dijo resignado.

Le pregunté si la llamada no sería motivada por alguna otra razón relacionada con el desacople de mi conducta con el Código de Justicia Militar o bien fuese, si no imputable como delito, al menos inadecuada o reprobable desde el punto de vista de la moral militar. Pasamos revista. ¿Las dietas falsas que justificaba para mejorar la comida de la tropa? ¿El adelanto al sargento Vilches con el fondo de la unidad para que saldara su deuda de una partida de póker con un teniente de Aviación? ¿Sería que alguien se había ido de la lengua y me acusaran de haber dado demasiado buen trato, por ser de izquierdas, a los libertarios? ¿Porque juego una partida de póker dos o tres días a la semana y además suelo ganar?

—Déjese, mi teniente, no le dé más vueltas. Si por algo le quieren buscar las cosquillas, será porque a las alturas habrá llegado información sobre las relaciones que mantiene usted con la hija de Said Izaguien.

Di un respingo. No se me había ocurrido. ¡¿Qué le podía importar a un general que yo me acostase con una morita si su padre

no ponía ningún reparo?! Said pertenecía al segundo nivel de la estratificación de la sociedad saharauí. Era un *arab*, descendente de árabe puro, un guerrero, miembro de una cabila muy respetada, aunque su personalidad cuadraba más con *zuaia*, la categoría inmediatamente inferior, más orientado a quehaceres de tipo intelectual. Había dejado la jaima hacía unos meses para instalarse con su familia, gracias a mi intervención al calificarlo como «hombre de confianza e influyente en su comunidad indígena», en una casa de planta baja, de un grupo de cuatro, que se habían construido con intención de llegar a 15 o 20, para mejorar las condiciones de vida de los notables e indígenas colaboradores del Gobierno.

Ahí podía estar mi perdición, puesto que Takia, su hija, era mi amante. ¿Y si había llegado hasta Madrid la rutina de mi bragueta y les daba por pensar que podría organizar un conflicto con las cabilas, que llegara a levantarlas para salvar el honor de la tribu, al haber mancillado un nazari el de la hija de un guerrero, algo semejante al escándalo de Barcelona, el causante de mi destierro?

Expósito, al verme palidecer, se apiadó de mí.

—Mi teniente, aquí todo el mundo folla con moras, Villacisneros es una gran casa de putas —apuntó.

—Sí, es cierto, pero lo hacen con putas, aquí están concentradas todas las mujeres repudiadas de la zona y de más allá, pero yo me acuesto con la hija de un notable y sustento a su familia con víveres y ayudas gubernamentales que les permite vivir mejor.

Quise tranquilizarme pensando que había llevado esas relaciones a la manera en que un moro de Córdoba practicaba su religión en tiempos de Torquemada, aunque también sabía que el Mando tiene algo más de dos orejas, oye, cuando menos, con dos mil a la vez. Y además podría esgrimir el hecho de que de él obtuve la información de la fuga de los sanjurjeros. Si fuera por Takia, el general Mariñas estaba a punto de cometer una injusticia. Le explicaría y podría comprenderlo, a menos de que perteneciera a la triste y perdida legión de oficiales que nunca aprendieron a follar fuera del sagrado matrimonio sin sentirse atormentados por la culpa de los lujuriosos.

Acabé por calmarme al pensar que, si fuera por eso, quien me habría llamado hubiese sido el capitán general de Canarias, de quien dependíamos disciplinariamente, y no del Ministerio de la Guerra. Además tenía a mi favor una sólida pantalla de discreción que sustraía esas relaciones al conocimiento de otros oficiales. Solo la familia, dos hermanas menores, dos hermanos, sus padres, y el sargento Expósito estaban al corriente. Y no solo para aprobarlas, también para tenerlas como un secreto familiar perenne, no por vergüenza, sino por sano instinto de intimidad.

Cuando Takia y yo nos miramos a los ojos por primera vez, ambos vimos la felicidad de nuestra unión en la pupila del otro: sobre una cama abstracta, nos convertimos en dulcísimos amantes y el éxtasis nos llevaba muy lejos por las nubes. Su padre era consciente de haber engendrado un oasis para un amigo sediento como yo y le parecía lo más normal del mundo que me abrevase en Takia, también porque ella se ofrecía tan clara como el agua. Y, además, porque el viejo Said había iniciado a muchas chicas de su tribu en el amor, los Oulad Tidrarin, y se repetía el refrán: «Solo un camello loco no adora el agua fresca». En este cortejo conté con un aliado esencial: algunos de los poemas que me había enseñado Kadaui y que se transmitían oralmente de generación en generación y yo se los dedicaba a Takia en su propio idioma:

*Voy de tus labios a tus pies  
recorriendo tu cuerpo  
con la emoción y el espíritu del guerrero  
con sus ilusiones y esperanzas.  
Mido tus contornos y exploro tus espacios  
me detengo en tus montículos y tus valles.  
Abrevo en tus oasis.*

Para nuestras efusiones, nos reservaban uno de los cuatro cuartos en que se dividía la casa, limpio y adornado para la ocasión, siempre oliendo a perfumes o sahumerios misteriosos, igual que

el cabello y la piel de mi joven amante saharauí. Takia quiere decir «fragancia agradable».

La casa encalada en medio de la península de Río de Oro era un anuncio de vida en medio de la arena; Dana, su madre, reinaba dentro de ella y Said era el soberano de la puerta, el jefe de la familia en el exterior. Él me abrió la entrada a su hogar, pero Dana nos preparó la cama a su hija y a mí. Y hasta nos condujo a ella la primera noche, cuando Said bostezaba, sus hermanas menores se habían ido a dormir y los hermanos, un mozo y un muchacho, corrían al puerto a acechar palometones con una pequeña lanza y se oía el aullido de los chacales a la luz de una media luna menguante.

Nos dejó a la puerta de la pieza iluminada por un extraño candil y otros seis cirios repartidos en otros tantos vasos de té agrupados de tres en tres.

—Ten paciencia, tú la has de enseñar —me aconsejó Dana—, es una niña.

La madre tenía una mirada oscura, estaba entrada en carnes y parecía vieja si estaba ensimismada y joven si sonreía ante Said.

Yo era un afortunado entre mis compañeros: mientras la mayoría recurría al burdel a encamarse con algunas de aquellas pobres mujeres repudiadas por sus maridos, sin atención sanitaria y mínima higiene, yo no solo cubría la urgencia física con largueza, sino que también me sentía muy atraído emocionalmente por aquella mujercita, lista como el hambre y dulce como el almíbar.

Acicateada por el morbo, la imaginación de mis compañeros, de haberlo sabido, seguro que me hubieran adjudicado no solo las atenciones de Takia, sino también los placenteros favores de las otras dos, Badva, de 15 años, y la pequeña Ebru, de 12, a quien comenzaban a despertar los pechos. Pero ninguno podía acusarme de nada; nadie tenía constancia. El ocio cuartelero, las cartas, el dominó, el alcohol y la fama que me precedía, pues allí todos, hasta el último soldado, conocía el motivo que había dado con mis huesos en la arena del desierto, pudieron engendrar más que un rumor que llegara al mismísimo sultán y este,

a su vez, enviar una nota diplomática exigiendo mi expulsión de su tierra.

Si algo he perdido en estos años de destierro es mi entusiasta ingenuidad. Fui en busca de aventura voluntario en los Regulares de Melilla y participé en varios hechos armados, entre ellos en el desembarco de Alhucemas. ¡Qué iluso, qué perfecto estúpido! Porque digo aventura. pero también estoy diciendo gloria y honores. Entonces, todavía soñaba con mi tío dirigiendo una carga de Caballería contra las fuerzas rifeñas de Abd el-Krim. La aventura en el Rif se acabó con una paz de conveniencia. lo que es para un aventurero lo que un chaleco de fuerza para un boxeador. Y cualquier otra aventura que ahora me propusieran cualquiera sabe a dónde me llevaría.

Takia lloró y le hizo coro Dana, su madre, y enseguida se les unieron Badva y Ebru. Pero en aquellos días aún no odiaba las despedidas. Dos corrientes de lágrimas brotaban de sus dos luceros que, partiendo de sus ojos, dividían el rostro de Takia, la torrentera que nacía del derecho era desviada de su curso por el gran lunar que embellecía su boca, florecía como un otero de belleza a un dedo de la comisura de los labios; dos mansos ríos de lágrimas que la flanqueaban los labios de terciopelo, dulce fruta, para confluir en el mentón.

Yo estaba ansioso por llegar a Madrid, aunque me pesara su llanto. La incertidumbre y el miedo, reunidos, son lo que nos impide ser felices porque nos hacen perder el control sobre nuestras vidas. Y eso aunque la seguridad que anhelamos sea solo una ilusión. Vivimos en el mar del cambio y yo estaba deseando matar ese mal que tan infeliz hace al hombre.

—Cuando quieras, amigo, seré tuya —me había revelado Badva algunos días antes.

Esto fue cuanto me deparaba mi destierro: las hijas de Said. Habría podido desflorar a esa chica y, llegado el momento, a la pequeña Ebru, que reía cada vez que la miraba a los ojos. Takia ya me había informado de que me asistía ese derecho, Dana lo insinuó y Said lo había refrendado:

—También las dos pequeñas te quieren por maestro.